

Cults, aun reconociendo que no es posible ensayar una virtualidad rigurosa de tamaños conceptos, porque ni hay entre nosotros una semántica sociológica apropiada ni, por otra parte, la problemática literaria alcanza las esferas intrincadas del consumo de masas. Sólo por aproximación, y un poco en broma, se podría decir aquí que Marias o Gerardo Diego serían algo así como los primeros segundos de aquella «alta cultura» —una respetabilísima viuda o algo así— y Corín Tellado o M. L. Estefanía los correspondientes bastardos del ominoso «Mass-Cult». Pues bien, Gironella —y, por supuesto, tantos otros de cuya cita hago gracia al lector— vendrían en este esquema entre real y jocoso a ocupar el *mid* de una cultura manipulada, preconcebida para su fácil digestión, pero con pretensiones, ¡ay!, de encarnar todavía la alta progenie cultural que tanto gusta al difundido lector de los premios Planeta, pongo por caso.

En cuanto a Gironella, sería curioso investigar cuál es el misterioso denominador común de sus millones de lectores, a qué responde esa afición de nuestra sociedad por «el mito de la hecatombe» y, a más profundo nivel, en qué medida ha influido el conciliador lirismo histórico-literario de su trilogía en el proceso de «neutralización del pasado» que actúa visiblemente en la base de la flamante mentalidad *tecnocrática*. Lo que no hace falta ninguna investigar —porque está claro— es la composición de su público: los que gustan de la guerra —y quizá de todas las guerras—, los que la temen todavía, los que cifran su vuelo cultural en *discutir* de la guerra y agotan en el bélico anecdotario toda su energía. De aquí que Gironella haya vendido tantos libros en provincias, donde se conserva más vivo el rescoldo de toda experiencia excepcional, donde el recuerdo está más en carne viva, donde el pleito se conserva inscrito en el escorzo de la rencilla vecinal. Y ahí, en esa España por cicatrizar, ya no tan «zaragatera y triste», pero todavía fundamentalmente morbosa; en esa España com-

puesta por los que en su día usaron brillantina y siguen diciendo hoy que el baile-baile, el verdadero baile, es el tango de Gardel bien «marcao», etcétera, etcétera, es donde Gironella ha cuajado su más compacto público. Vale decir que en el pálido panorama del subconsumo español, la obra de Gironella cumplió su papel de Seat 600 pobre, pero honrado. Queremos decir que se trataba de un producto «utilitario» que debió su aceptación al prolongado régimen de escasez y, más específicamente, al régimen de penuria literaria. Gironella vendió tanto en su momento por la misma razón que en España hacía posible vender por anticipado la adjudicación de un coche o, un poco más atrás, que le quitaran a uno de las manos un pan de centeno o una radiogalena: porque no había casi nada. Ahora, en cambio, el rompecabezas del padre de familia —el mismo que se entusiasmaba con Gironella hace pocos años— es elegir el modelo o la marca de coche, y el de la madre, adelgazar. Es una evolución insuficiente y tardía, pero irreversible, mal que les pese a la Seat o a José María Gironella.

Sencillamente, ahora hay dónde elegir y la gente va aprendiendo y definiendo sus gustos, sin que a los críticos —y menos a los jóvenes— nos den mucha vela en este entierro de los que ya no gustan ni en el bautizo de los que empiezan a gustar. Por lo demás, la verdad es que no tenemos mucho en común la mayoría de nosotros con quienes sustentan una visión de la literatura como la de Gironella. Con su pan se lo coma cada uno: él, en su terraza «junto al mar»; nosotros, el que más y el que menos, con el apurillo finimensual que suponen 500 pesetas por crítica. ¡Ah!, y con «la conciencia tranquila», vamos. Se trata de una guerra, como se ve, pero de una guerra en la que Gironella no nos lleva, por una vez, ninguna ventaja biográfica. Haya paz, pues, en esta desigual república de las letras por la que Gironella acaba de atravesar con los visillos corridos. ■ JOSE ANTONIO GOMEZ MARIN

### Se confirma que Mallorca es una isla

Un novelista de veinticuatro años, Guillem Frontera, ha publicado una novela que ha despertado un cierto interés en el desinteresado ambiente cultural catalán. Se trata de Cada día que calles, novela corta aparecida en la editorial Dædalus, de Palma de Mallorca. Esta muestra literaria es sorprendente a distintos niveles. Sorprendente por la relación edad del autor-logro obtenido. Esta relación nos señala la presencia de un buen escritor

Frontera pretende cosas, tiene intenciones testimoniales. Parece como si estuviera en el viaje de ida en el momento en que casi toda la literatura social está de vuelta. Creo que así como era y es indispensable plantear batalla a la trampa racional que implicaba el realismo social español, también es indispensable no caer en la trampa del pleno consumo estético. El pleno consumo estético puede afectar a las industrias de la moda y al diseño, pero no a la literatura ni a la política.

Creo que es indispensable que en las actuales circunstan-

si hay dinero catalán y ya ni hablar del resto peninsular. El paisaje, las costumbres, la dinámica social, todo está condicionado por el turismo y por la supervivencia de una tradición formal que recupera todo su esplendor en los meses de invierno. Los escritores, los intelectuales, todos los que podrían activar la vida social mallorquina, o bien emigran a Barcelona y se catalanizan o bien acaban sumergidos en esa placenta especial que saben tejer las islas en torno de los isleños. Aunque ahora existen núcleos de intelectuales que se quedan y no se apoltronan. Cada día que calles es la crónica de una sociedad destruida por el turismo. La alienación proletaria es perfecta, no tienen un enemigo lógico clarificado. Los turistas son los dueños formales de todo. Unos dueños que se van y abandonan su predominio, que es automáticamente heredado por otra oleada de «eurotur». El caciquismo, las familias sobreviven, pero ya no se trata de una burguesía organizada para ejercer su dictadura política y económica. Contra esa burguesía se puede luchar. En este caso es una casta que domina por tradición, pero cuyos instrumentos de poder están también mediatizados por ese amo superestructural e intangible: el turista.

El protagonista de Cada día que calles termina su peripecia promocional, su corto vuelo de Julián Sorrel isleño, adoptando la prostitución masculina. Esta resolución tiene mucho más de sarcasmo que de conclusión lógica. Pero creo que Frontera ha contenido lo suficiente la imaginación en Cada día que calles como para permitirse una apoteosis sarcástica. El voluntario esquematismo de la novela no impide que en ella afloran buenas muestras de trucaje literario psicológico. Incluso psicofórico. No sé por qué, pero el personaje central tiene un poco de Marlon Brando pequeño e isleño protagonizando una pieza teatral de Tennessee Williams ■ M. VAZQUEZ MONTALVAN.



en ciernes, sobre todo si tenemos en cuenta que ya había publicado otra novela: Els carnicers ("Los carniceros") y que está trabajando en otra. Este dato nos sitúa ante un escritor, no ante un adolescente sensible que se defiende del mundo y de los otros mediante la literatura.

Sorprende el punto de partida estético del autor. Podría decirse que Frontera arranca directamente de lo más inteligente de la novela social castellana (pienso en García Hortelano) y que su construcción literaria es parabólica y referida a una toma de posición moral. Hasta ahora, a través de sus dos novelas publicadas,

ciens seamos capaces de aceptar la fidelidad de Frontera a una lógica estética derivada del realismo y también la fidelidad de quienes experimentan nuevas formas de comunicación literaria. Lo experimental casi nunca ha tenido valor en sí mismo, pero ha enriquecido instrumentalmente la línea continua de la lógica interna de la cultura.

Mallorca es una isla destigada en casi todo de la realidad peninsular. Para empezar, vive del turismo (del extranjero) y los estimulantes de la economía balear son inversiones de capital rigurosamente extranjero: sudafricano, suizo, inglés, norteamericano. Apenas